

pesadumbre de mi padre por haberme apartado de su hogar. El hijo de Hemor miraba mudo y enternecido aquella belleza sentada sobre el musgo, en cuya frente pálida y humedecida daba un rayo de luna, haciendo brillar con su luz misteriosa, su tímida, pero penetrante mirada. Levantóse Dina, calmada ya de su primer espanto. Su túnica azul agitada por la brisa de la noche, sujeta por un ceñidor de púrpura, su leve manto prendido de un anillo sobre el hombro, las trenzas caídas sobre la espalda y la cabeza ceñida con un ligero gorro de varios colores, realizaban su noble y esbelto talle: mas bella que Diana cazadora, figurada por los griegos cuando perseguía las fieras y se aparecía como un encanto en los sombríos bosques del Cinto.

El Dios de mis padres, esclamó la vírgen, os habrá sin duda traído aquí para salvarme. Guiadme á la tienda de mi padre, y yo le diré llena de gozo: Este cazador me ha conducido á vuestros brazos: y os mostraré á mis hermanos, y estaréis con nosotros, y daréis un día de gozo á la familia de Jacob.

El pecho de Dina se abrió como una flor á los halagos del céfiro. El siquemita, jóven y gallardo como el hijo de Latona, depuso por algunos momentos su fiera de guerrero, y se trasformó en un seductor. La incauta hebrea, sola, desprevenida, palpitante, se sentía abrasada por las palabras de fuego que salían de los labios del príncipe, hijo también de otro patriarca idólatra, y que le juró allí mismo la fidelidad de esposo. Cuando el alma se halla respirando súbitamente en una region desconocida, sin preparativo, sin transición, recorriendo en cortos instantes el círculo de años enteros de ilusiones y de esperanzas, privada casi del libre uso de sus facultades, inundada de placer y de sorpresa, ¿en dónde está la fuerza para resistir, á menos que Dios obré en ella un prodigio? El Dios que habia dado fuerzas á Jacob para luchar contra un espíritu superior y no dejarse abatir por él, quiso castigar la indiscreta curiosidad de su hija, que abandonó la casa paterna para ir en busca de nuevas amistades. Las hijas de Hemor dormían tranquilas bajo sus tiendas, y la infeliz israelita luchaba con su lánguida resistencia contra los hechizos de una pasión mas terrible que las fieras del desierto, y luchaba también contra su propia debilidad.

Las doncellas, dijo Dina, separadas de sus padres, son como las ramas cortadas del árbol que las sostenía. Llevadme, pues, á mis padres, restituidme á la vida. Ellos os abrazarán como hijo, y... yo seré feliz.

Oh hija del sol por tu hermosura, repuso el idólatra, eres para mí mas suave que ese rayo dulcísimo de luna que baña tu rostro: no temas. El

Dios que tú adoras, será también el Dios de mi padre y el mio. Juntos le adoraremos bajo las tiendas de Hemor.

La luna ocultó otra vez su argentada frente, y negó á los dos jóvenes el pálido resplandor de sus rayos, última defensa quizá de la tímida doncella... Cuando volvió á bañar con su luz el desierto, ya no pudo alumbrar la frente de una vírgen de Israel.

Dina no tenía ya resistencia ni voluntad. Cuando el alma ha perdido el dominio que sobre sí tenía, queda encadenada á los piés del tirano que le arrebató el cetro. ¡Hija desgraciada de Jacob! ¡Esas palmeras solitarias que vieron el inocente júbilo y los castos amores de tu padre con la esposa que cautivó primero su corazón, cubren ahora el naufragio de tu inocencia!

¡Un amor criminal ha soplado sobre tu frente, y ha agostado las rosas del primer pudor! ¡Ese rojo que tiene tu semblante no es el del candor que teme, sino el del remordimiento que sufre! El ultraje de la vírgen de Israel será la destrucción de un pueblo.

¡Príncipe ciego y audaz! ¡en mal hora estrechas entre tus brazos á la fugitiva de Salem! Cual otro pastor troyano en los brazos de la robada griega, cual otro monarca en el seno de una beldad fatal, cuyas caricias han de encender la hoguera de la venganza, hay una voz profética que te clama:

“¡Ay! esa tu alegría
Que llantos acarrea, y esa hermosa
Que vió el sol en mal día!...
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamiento, fieros males,
Entre tus brazos cierras,
Trabajos inmortales
A tí y á tus vasallos naturales!

.....
¡Ay triste! y aun te tiene
El mal dulce regazo! ni llanado,
Al mal que sobreviene
¿No corres?

.....
El sol tenía ya los espacios con los torrentes de luz que brillan encendidos y cargados con los vapores de la mañana. Los dos culpables atravesaban los campos de Siquem, inclinada la cabeza hácia la tierra, como los dos primeros esposos despues de su destierro. Dina seguía maquinal-

mente á su raptor, fijando en él sus ojos lánguidos y tristes, sin que sus labios, antes tan candorosos, se abriesen al sonreír del consuelo ni de la esperanza. En vano el siquemita le promete su mano y sus riquezas: en vano le brinda el amor de una nueva familia. La hija de Jacob siente revivir á intervalos en su pecho agitado los recuerdos de sus padres y del hermano querido: y estos recuerdos turban su agitado espíritu como imágenes gratas, pero dolorosas, de una felicidad que ya pasó. Momentos aún mas terribles vienen á envenenar los goces presentes: la idea de la venganza de sus hermanos la hace temblar en medio de sus raptos de placer, al modo que bajo de un hermoso cielo se oyen los sordos rugidos de una tempestad lejana.

En aquel mismo momento y respirando el aire embalsamado por los primeros albores del día, Aser divagaba por los campos de su padre. Bajada la cabeza y sin senda determinada, aguardaba á su hermana querida que saliese de la tienda de su madre, para dar juntos el paseo de la mañana. Las flores doblaban su húmedo capullo bajo la punta de su aljaba. Mas ¡cuál fué la sorpresa de Aser, cuando vio á Lia salir de su tienda desmelenada, llorosa, enagenada, buscando con afán de madre quien la diese noticias de la hija que había desaparecido!

Aser devora en secreto aquel pesar terrible: consueta á Lia y le impone silencio, no sea que Jacob perciba aquella funesta desgracia. ¿Dónde estará la hija de Israel? ¿quién la habrá arrebatado del techo paternal? Aser se encarga de saber dónde respira la fugitiva; y Lia, ocultando el pesar que la oprime, se dirige á la tienda de su esposo.

Llega á la tienda de Jacob en el momento mismo en que el religioso patriarca, en medio de su numerosa familia, saludaba al Omnipotente con el himno matutinal. Prostrados todos sobre la yerba, que brillaba aún con el rocío del cielo, seguían con profunda y fervorosa emoción las palabras de su padre: “Oh Dios de Abraham y de Noé! Tú que formaste el universo con un soplo, y cuya voz hizo salir del abismo los inmensos torrentes de luz que nos alumbran, acuérdate de aquella señal de tu alianza que brilló sobre las nubes, despues que el mundo nació otra vez del seno de las aguas! ¡Concédenos la serenidad en el cielo y en el espíritu, para que podamos en este día ser justos en tu presencia, y bendecir tu santo nombre!”

¡Oh tiempos dichosos en que sobre la tierra se adoraba al Dios de los mundos y al Dios de los siglos como al Dios de la familia! ¡Parecía que el Señor dejaba la inmensidad de los espacios, que llena con su poder para morar en aquellas tiendas afortunadas, y recoger por sí mismo la súplica salida de los labios del hombre!

Lia esperaba quedar sola con Jacob para comunicarle la fatal nueva. El dolor profundo de su alma salía á raudales por sus ojos. Esposo mio, le dijo, ¿has visto huir á nuestra hija? Dina no ha dormido en su lecho: ni se dónde respira, ni dónde pára. He recorrido los bosques en que te vi la primera vez; ni rastro he hallado de ella. Hija mia, ¿por qué huiste de los brazos de tu madre, y del techo de quien te dió el sér? ¿Quién te protegerá, desventurada, contra los insultos de los hombres?

Jacob levanta los ojos al cielo y calla. Aquel silencio del dolor paternal estremece, pero, fuerte con la confianza en Dios, todavía halla palabras de consuelo para su desolada esposa: “No temas: los espíritus del cielo que se esparcieron á Abraham mi padre, la conducirán sin duda por el desierto. Ella se extravió de su casa. ¡Dios mio! ¡es la hija de vuestro siervo: volvedla á mis brazos, no le neguéis la bendición! ¡sea como los demas hijos la alegría de sus padres! ¡Tened piedad de ella! ¡Dina os conoce, ella os adora sobre la tierra!”

Los hermanos de Dina habian salido al campo á sus faenas ordinarias. Jacob guardaba en su pecho el peso de este secreto; infeliz en tener que devorarlo solo con Lia, pero mas infeliz aún si lo revelaba, pues conocia la índole y el carácter de algunos de sus hijos. Los dos esposos salen de la tienda preguntando por su hija á los pastores y cazadores de Salem.

Reúñense con sus hijos, los cuales no se atreven á preguntar por la causa del profundo dolor del padre. Pero Aser se descubre á lo lejos. Viene precipitado y pálido: á pocos pasos se detiene y llora. Lia se arroja á sus brazos. “¿Vive mi hija Dina? ¿ó he de bajar con ella al sepulcro?”—“Mas feliz hubiera sido en morir, responde Aser, con un planido estrepitoso. Un incircunciso la ha violado. El cazador de Siquem ha estrechado en sus brazos impuros á la hija de Jacob. ¡Oh Dios de Abraham! ¡lanzad el rayo que abrasó á los sodomitas sobre su frente criminal!”

Simeon y Leví escuchaban á su hermano, murmurando imprecaciones horribles: el fuego del furor chispeaba en sus ojos: no se atrevían á levantar la voz delante de su padre, pero en su seno se fraguaba un proyecto de esterminio. Tal es el ruido subterráneo que se percibe junto á un volcan, cuando en sus hirvientes entrañas fermenta el fuego que va á vomitar, y que devorará pueblos enteros.

El venerable patriarca, al escuchar delante de sus hijos la nueva fatal, rasga su manto de púrpura, y pone ceniza sobre su blanca cabeza. Ahoga dentro de su pecho los suspiros que son la voz del dolor, y vuelve el rostro para ocultar á su esposa las lágrimas que por él corrian. El llanto en los ancianos, tiene un no sé qué de imponente que no es fácil espi-

car. Cuando la fuerza del sentimiento ha llegado á ablandar un pecho endurecido ya por los años, y sale por el raudal de los ojos, muy terrible ha de haber sido la lucha entre el poder y el dolor y la firme severidad del corazón. Un silencio sombrío reinaba en toda la familia. Los bueyes y camellos que marchaban para el campo, quedaron tambien inmóviles al lado de sus guías detenidos, como si hubiesen todos oído de improviso el trueno de la tempestad.

Entretanto el raptor habia llegado con su víctima al país de los siquemitas, que habitaban en tiendas de madera. La de Hemor, príncipe de aquella tribu, era circular, sobre cuya puerta se veían clavadas picles de varias fieras que el príncipe habia rendido en sus nocturnas incursiones. Los siquemitas eran idólatras, y adoraban principalmente al sol, cuya imájen se veía pintada sobre el asiento del rey, figurando el astro divino cuando se levanta de su cuna para dar vida al universo. Hemor y su numerosa familia, postrados ante el astro rey, entonaban el himno de la mañana, que Jacob dirijia á su Autor supremo.

¡Oh padre de la luz! Derrama sobre nosotros tus rayos benéficos, fecunda las entrañas de la tierra que nos sostiene y nutre, esparce la vida y la abundancia sobre nuestros campos, y aleja las sombras de la muerte!

Al momento en que la hija de Jacob, acompañada del jóven príncipe, entraba en la tienda de Hemor, la jóven israelita invocó al Dios de sus padres; y Hemor, cubierto de toda la majestad de los años y respirando en su noble fisonomía la amabilidad y el sosiego, saludó á la extranjera y le ofreció hospitalidad. El hijo espresó á su padre que la habia encontrado perdida por el desierto y que era hija del príncipe de Salem. Las ardientes miradas de Siquem, la turbacion de Dina, y aquel rubor involuntario que descorre el velo á los arcanos del corazón, hicieron presentir al anciano que los dos jóvenes se amaban. “Vos os pareceis á mi padre Jacob, exclamó Dina. ¡Dichoso de vos si no tenéis ninguna hija desgraciada que ande perdida lejos de vuestro hogar! Volvedme á mi padre.— No temais, hija de Jacob, replicó Hemor con dulzura, conozco á vuestro padre, y mas de una vez nos hemos encontrado en el desierto.— Padre mio, dijo entonces el jóven príncipe, echándose á los pies de su padre y abrazando sus rodillas, vos conoceis ya quien es la extranjera que os presento. La amo mas que á la luz de mis ojos. Dadnos vuestra bendición, y la tomaré por esposa ante ese Dios radiante, cuyo puro reflejo guió nuestros pasos en la soledad.” A estas palabras la jóven de Israel se prostró ante el Dios de sus padres. “Vos no adorais al Dios de Abraham, dijo al siquemita, al Dios del mundo, al protector de mi familia. Mi

padre me negará la bendición, si me entrego á un incircunseiso. Vuélvame á mi padre, y me dé el ósculo de paz antes que yo muera en los brazos de mi madre.”

El rayo del dolor penetró súbitamente el corazón del jóven príncipe, que no era ya por cierto un seductor. No podia consentir en que Dina fuese su víctima y la amaba con ternura porque la veia desgraciada. ¡Dina hablaba de morir!; Ya no amaba la vida si no podia ser suya! La última mirada de Dina le revela este secreto. ¡Cuán irresistible es el encanto de la desgracia para una alma noble y generosa! La sencillez de aquellas costumbres no consentia la perfidia que tan á menudo vemos reproducida en el seno de nuestra civilización orgullosa. No se veían en medio de aquellas respetables familias victimas infelices, abandonadas por el autor mismo de su infortunio. Hemor era ademas un verdadero padre; habia amado en su infancia al Dios de Jacob; pero los magos de Caldea habian cuidado de su educación y le habian iniciado en el sabeismo, ó sea el culto de los astros. Fatigado de la vana ciencia de los hombres, no le era difícil abrazar un culto que habia amado. Conocía que la naturaleza entera era un símbolo de la Divinidad, pero no la Divinidad misma. Tenia una idea confusa del origen del universo; y su alma recta y elevada, necesitaba de una luz que le descubriese su principio y su destino, y en medio de la soledad se dejaba inspirar por ese ser desconocido cuya voz oía Platon en el silencio de la noche.

Este enlace le ofrecia oportunidad para estrechar sus relaciones con la familia de Jacob, y para adorar al Dios que tan visiblemente le protejia. Resuelve Hemor hablar al hijo de Isaac; y los pechos de los dos jóvenes se abren á la esperanza, como el tallo agostado de una flor se abre y recobra su frescura y vigor con el agua que el cielo le envia. ¡Oh qué placer para el corazón de Dina!; ella recibirá la bendición de su padre, y los dos esposos adorarán al Dios del universo, al Dios de su familia!

Los esclavos de Hemor preparan algunos presentes para el padre de Dina. Blancas ovejas, corderillos tiernos con sus madres, algunas palomas y dos ricas pieles de tigre con manchas negras, son las ofrendas de la íntima alianza que va á trabarse entre las dos familias. Siquem parte con su padre á las tiendas de Jacob: los esclavos les siguen con los regalos, y Dina dando una mirada de esperanza al que ha de ser su esposo, queda con las hermanas de éste, que le prodigan caricias y consuelos.

Los hijos de Jacob se preparaban para partir, pero descubren á lo lejos la comitiva de Siquem. Resuelven entonces ocultar en su interior su atroz proyecto de venganza, como el que esconde un veneno delante la perso-

na que lo ha de apurar. Jacob se adelanta para recibirle. Los dos ancianos se abrazan. El joven príncipe reboza de contento: mira con ansia y con placer aquellos semblantes que le recuerdan las facciones de la que ama, y se contempla ya como en medio de una nueva familia de hermanas. El acento, los modales, los vestidos, todo le representa al dulce objeto, porque cuando se ama, todo lo que le recuerda es grato al corazón. "El alma de mi hijo, se ha embelesado de vuestra hija, dijo Hemor profundamente conmovido, y está unida con la suya; dádsela, pues, os ruego, por esposa, y enlacemos mutuamente nuestras familias, dándonos vuestras hijas y tomando vosotros las nuestras. Habitad con nosotros; la tierra está á vuestra disposición; cultivadla, negociad con ella, y posedda: formemos una sola familia y estrechemos nuestros vínculos en íntima y perpétua alianza."

Así habló el anciano con la noble franqueza de un rey y con la efusión de un padre y de un amigo. Siquem, trasportado de júbilo y de amor, se dirigió con respetuoso afecto al padre y á los hermanos de Dina. "Halle yo gracia delante de vosotros, y daré cuanto determináreis. Aumentad el dote, que yo os entregaré gustoso cuanto pidiéreis con tal que me deis á la joven por esposa."

Los hijos de Jacob, cerrando su pecho á todo sentimiento de conciliación, no veían mas que el ultraje cometido contra su hermana. Y disimulando la venganza que respiraban, respondieron con doloso amago á Siquem, y á su padre: "No podemos hacer lo que pedís, ni dar nuestra hermana á hombre no circuncidado, porque sería entre nosotros un acto ilícito y abominable. Mas si conviniéreis en circuncidar vuestros varones y asemejaros á nosotros, con esta condicion podremos enlazaros con mutuos lazos de parentesco, dando y recibiendo recíprocamente vuestras hijas y las nuestras, y habitar en vuestra compañía, formando un solo pueblo. Pero si no queréis circuncidaros, tomarémos á nuestra hija y nos retiraremos."

La mas solapada perfidia se encubría debajo de estas lisonjeras palabras, que llenaron de gozo el corazón de los dos siquemitas. No tenían aún los hijos de Israel ley espresa que les prohibiese enlazar con las hijas de los que no estaban circuncidados. ¿Lo estaba por ventura Laban cuando Jacob casó con sus hijas? ¿Judas y Simcon no enlazaran despues con dos cananeas? Buscaban, pues, los hermanos de Dina cómo cohonestar su atroz designio; pero ni aun este pretexto les dejó la generosidad de los dos extranjeros. Hemor, que no sentía repugnancia en adorar al Dios de Jacob, y que anhelaba la alianza de su familia, y su hijo impulsado además por la pasión que rompe todos los obstáculos:

consintieron en complacer á los hermanos de Dina. Regresaron rebozando de júbilo á sus tiendas, y encontraron á Dina cuyo pecho palpitaba ya por su vuelta, entre el temor y la esperanza. "Ya eres mi esposa, prorumpió sin poder contenerse el hijo de Hemor: recibirás la bendición de tus padres: habitaremos juntos una misma tienda, y adoraremos un solo Dios. Yo voy á prepararme y viviremos colmados de felicidad."

Fuerza era sin embargo preparar al pueblo para aquel acto de dolor y presentarle ventajas é intereses puramente materiales y de conveniencia pública, pues solo por este medio se logra persuadir á la multitud. La puerta de la ciudad era donde se reunía el pueblo para deliberar sobre negocios de religión y de política, tal como la conocían aquellas tribus pastores. Hemor y Siquem, pues, arengaron al pueblo, presentándole cuánto les convenía trabar alianza con una gente recta, activa y laboriosa, que podía con su trabajo é industria fomentar y utilizar la fecundidad de sus campos, cuya estension necesitaba de mayor número de brazos; presentando por último el atractivo de sus mugeres, y los dulces vínculos de amor que con ellas podían estrecharles. "Un solo obstáculo hay que vencer, añadieron, para el logro de un bien tan considerable, y es el seguir su rito, circuncidando nuestros varones. A esta sola condicion su hacienda, sus ganados, todos cuantos bienes poseen serán nuestros: viviremos juntos, y formaremos un solo pueblo."

El pueblo, á quien muy facilmente se fascina con las promesas de riqueza y de prosperidad, se dejó persuadir sin esfuerzo, y consintieron en la dolorosa operacion, circuncidando á todos los varones. Dina entretanto, llena de placer esperaba con ansia la venida de su padre, su bendición á ella y al nuevo esposo y el abrazo de sus hermanos. Aquel día será el mas bello de su vida. La paz de dos pueblos vecinos asegurará la felicidad y la abundancia de su familia, y calmará los sobresaltos de su corazón, inquieto aún por los remordimientos. Un joven príncipe que la amaba como á la luz de sus ojos será su esposo, que aguarda por momentos poder llamarse hijo de Jacob y doblar la rodilla ante el Dios verdadero. Con tan hermosas ilusiones un sueño dulcísimo cerró los ojos de Dina, y le representó el embeleso de la felicidad.

Aquellos primeros hombres conocían ya por desgracia el arte fatal de destruirse. Los campos de Seir y de Pharam habían visto los combates de nueve diversos pueblos enemigos. Los reyes de Sodoma y de Gomorra fueron vencidos en tiempo de Abraham por los terribles elamitas y por los habitantes de Sanaar; y el mismo patriarca se vió obligado á perseguir con los suyos á los vencedores, para libertar á Loth y á su familia del poder de sus manos.

Simeon y Leví se cubren con pieles de tigre y de león, toman flechas empapadas en jugo venenoso, y el primero se arma con el terrible cuchillo que se levantó sobre el cuello de Isaac. Ellos dos solos, seguidos de sus domésticos, quieren internarse en las tiendas de Hemor. Los demás siguen á alguna distancia. La luna y el silencio favorecen su partida. Simeon, ardiendo en la sed de la venganza, se atreve á dirigir al Señor una súplica antes de partir. “¡Dios de Abraham! Tú que ábrastase á las ciudades nefandas con un soplo de tu furor, venga el ultraje cometido con la inocente hija de Jacob! Sea este cuchillo que detuvo tu ángel sobre la cerviz de mi abuelo, el instrumento de tu justicia, y recibe en hoccausto la sangre de los incircuncisos.”

Los dos hermanos se dirigen los primeros al país de Siquem, envueltos en las sombras de la noche, y llegan á las tiendas en la hora en que hombres y animales yacen entregados al sueño. Sin ser advertidos de nadie, penetran en la cabaña del príncipe, y se disputan el bárbaro placer de matar á Siquem. Simeon se adelanta y encuentra al joven medio dormido sobre su lecho. “Muere, infame, le dice, no volverás á robar á la hija de Jacob.” Y la cuchilla se clava en su blanco pecho y vuelve á salir humeando. El infeliz abre sus ojos cubiertos con el velo de la muerte; murmura algunas palabras, y no pudiendo mirar al asesino, inclina su frente y pasa del sueño á la muerte sin casi exhalar un suspiro. Dina, que no se hallaba distante, despierta al ruido de los guerreros, y pasa en un momento de los encantos de un sueño deleitoso, á la mas horrible de las escenas. Azorada, sin aliento, arroja un grito de horror, y es detonada por su hermano antes de arrojarle sobre el cuerpo ensangrentado del príncipe. Simeon, empero, como un buitре hambriento sobre un campo de cadáveres, busca como saciar su sed de sangre y se separa de su hermana. El viejo Hemor se había levantado de su lecho, adozado por los alaridos de Dina: toma con mano trémula su lanza inútil y la arroja al pecho de Simeon que le sale al encuentro. Simeon coje al anciano por los cabellos, le arrastra hasta el pié de su propio lecho y le pasa tres veces el corazon. ¿Pero Dina dónde está? Ha desaparecido. Simeon la busca por todas partes como un león que ha logrado romper sus hierros, y busca con ojos sangrientos los cachorros que le habían arrebatado. Leví hacia inútiles esfuerzos para desprender á su hermana de los brazos de Siquem, que yacía sin vida sobre su lecho. La desdichada, desgarrado el pecho de dolor y de desespero, creía poder comunicar vida con su aliento al inanimado príncipe, porque el amor cree poderlo todo. “Bárbaros, esclama, hermanos sin piedad, ¿es esta la alianza prometida? ¿así tratáis á los que os esperaban como hermanos? ¿Es este

vuestro ósculo de paz?” Y sus palabras se perdían como los gritos de naufrago entre el torbellino de la tormenta.

Simeon y Leví hacen entretanto un horroroso estrago entre los siquemitas desprevénidos é indefensos. En vano corren á tomar sus armas. Assor, de la raza de los cananeos, tuvo tiempo para tomar su maza forrada de acero que manejaba como un débil junco, y que deja caer sobre el hijo de Jacob y le derriba en tierra. Pero Leví corre en su ayuda, y ciego de furor le hace saltar con la espada la mano con que blandía la maza formidable. Las esposas é hijos sorprendidos en sus propios lechos, levantaban en vano sus manos inocentes para implorar la vida de sus padres y esposos: mas aquellos gritos eran sofocados y aquellas manos atadas con cuerdas, y llevadas sin piedad cautivas á Salem. La esposa de un siquemita se arroja sobre su esposo al tiempo que Leví iba á descargar el golpe. Hiérenos juntos, esclama: déjame morir con él, por piedad, y juntos quedaron atravesados por un mismo cuchillo. Niños débiles y desnudos buscaban sus padres, y besaban llorando las manos homicidas tenidas con su sangre.

Los dos implacables guerreros se cansaban de matar, cuando entraron los otros hermanos para consumir la venganza hasta con los restos inanimados de aquella escena de horror. Robaron los ganados de aquellos habitantes, é hicieron botín de cuanto encontraron en sus casas y campos; llevándose cautivos las mugeres y niños que despedían amargos gritos de viudez y de orfandad. Aser, hollando cadáveres y destrozo, corre en busca de su hermana querida, y Lia desgredada y sin aliento, había seguido á los hijos de Jacob, para estrechar mas pronto entre sus brazos á su amada Dina. No le detiene el horrible estrago para entrar en las tiendas de Siquem desiertas y soladas; sus entrañas se estremecen con los lamentos de las madres cautivas á quienes se arranca á viva fuerza de los restos sin vida de sus hijos y esposos.

Asoma por fin el sol para alegrar el mundo y poner de manifiesto todo el horror de aquella catástrofe. Algunos no bien muertos aún, piden como por compasión con sus gestos convulsivos, quién les libra de aquel tormento: la sangre chorrea á otros de sus heridas. . . . Se oyen en la cabaña ahullidos de dolor. El inexorable Simeon entra en ella, y cree ver á Lia llorando sobre dos cadáveres. Siquem y Dina se hallaban estrechamente abrazados. Pero Dina respira aún. Aser aplica temblando su mano en el corazon de Dina y le siente latir. ¡Vive! Vive aún la hija de Jacob. ¡Dina! ¡Algun impío te ha herido en su desesperacion! Dina se levanta con pena, pero no puede hablar. Sus labios cárdenos ni aun suspiros despiden. Aser espera con ansia una mirada para penetrar

su corazón. Pero es en vano, su mirar es vago, y sus ojos sin brillo se fijan un momento en la espada cubierta de sangre, que Simeon deja caer y ni aun fuerza tienen para levantarse al cielo. Rodea la estancia un silencio como de sepulcro, en donde ni aun el llanto se oye. Simeon, sospechando la causa del dolor de su hermana, siente impulsos de furor y de compasión, y no se atreve á hablarle de sus victorias. Lia interrumpe el silencio. “¡Hija de mis entrañas! ¡Cuánto tiempo hace te buscaba sin consuelo, preguntaba á los extranjeros si habian visto las huellas de tus pies! ¡El sueño huía de mis ojos, el alimento de mis labios, el llanto era el único solaz de mi dolor! ¡Presto hubiera bajado al sepulcro, porque era madre, y no te veía junto á mí! ¡Mas ahora! ¡Hija mía! ¡Cómo te halla mi corazón! en medio de tanta sangre derramada, tú, triste y silenciosa, sobre este cadáver, sobre el cadáver tal vez del que te arrebató de mis ojos. . . . ¡Oh! ¡la hija de Jacob se olvidó ya de sus padres, y entregó su amor á un extranjero impio, y gime y suspira, y llora aún sobre su raptor inanimado! ¡Ya no podrás entre las vírgenes, hijas de Jacob, sostener los trémulos pasos de tu anciano padre, y servirle en el sacrificio! ¡Qué! ¡crees que en la casa de tu padre no te aguardaba un amor!” Aser, á estas palabras, se cubre de rubor, y levanta con timidez hasta sus labios la mano caída de su hermana. Dina quiere abrir los suyos y esclama con una voz lánguida: “¡Madre mía! hermanos queridos que tanto amé en otro tiempo y amo aún....dejadme morir....¡Por qué os acordáis de mí? Yo fui arrebatada, es verdad, pero un pastor de Siquem me libró de los monstruos de la noche, y me fué dulce deberle la vida: hé aquí mi delito; ¿pero podía esperar mayor castigo? El que esperaba ser mi esposo....¡Ah! yo soy delincuente. . . .dejadme morir. . . .¡Ay! ¡que contra vosotros clama tanta sangre derramada! ¡Oh Dios mío! ¡No soy inocente á vuestros ojos; pero aceptad el sacrificio de mi vida, recibid las lágrimas de mi dolor, y reservad á mis padres y hermanos unos días puros y felices que ya no lucirán para mí! El nombre de Dina será borrado de entre las vírgenes de Israel, ¡ay! y tal vez odiado de sus padres. . . .” “No, hija mía, ¡tan débil crees nuestro amor! ¡Vuelve llena de vida y de placer á la casa de tu madre, y dá un día de consuelo á tu viejo padre! ¡Vuelve á nuestros brazos, niña desgraciada! ¡Ay! ¡cuánto te perdono los extravíos del corazón! ¡tu alma sensible te ha perdido! yo también he amado. . . .olvidemos, hija mía, nuestras pasadas flaquezas, y brille aún para nosotros un día de placer.”

La desventurada Dina, mirando otra vez el cadáver sangriento de Siquem, cayó desmayada sobre los brazos de su madre. Los demás hermanos la colocaron sobre cano mello, y todos abandonaron en silencio

aquel país de horror. Lia no se apartó mas de su hija, que murió dentro de pocos días despues de haber recibido la bendición paternal.

Grande habia sido sin duda el crimen del jóven príncipe, pero el castigo fué atroz. Lección harto severa por cierto, pero lección memorable para aquellos hombres, que abusan de la majestad del poder para insultar audazmente á la flaqueza. Los nombres de Lucrecia y de Virginia en la historia profana, recuerdan asimismo unas lecciones semejantes. Hay ciertos goces odiosos, que los pueblos no perdonan á las personas que pueden procurarse facilmente otros honrados y lícitos; y hasta el mismo Dios en su inalterable reposo y en su profunda equidad, ratifica algunas veces en este mundo el juicio de los pueblos, y se han visto tronos abismarse y desaparecer en sangrientos precipicios, labrados por la voluptuosa desenvoltura de los que los ocupaban.

Despues de la horrorosa carnicería de Siquem, dijo Jacob á Simeon y á Levi: “Me habeis puesto en un conflicto y habeis llamado contra mí el odio de los cananeos y terecos, moradores de este país. Nosotros, siendo pocos como somos, no podremos resistir á todos ellos reunidos cuando carguen sobre mí, y quedaré esterminado con toda la familia.” Tan sentidas palabras y tan fundados temores no hicieron impresion alguna en aquellos pechos duros é inflexibles, que se acababan de hartar de venganza y de carnaje, y solo le respondieron: “Pues qué, ¿debieron ellos abusar de nuestra hermana como de una muger abandonada?” Es de creer que la rectitud de Jacob no consentiria en que los suyos detuvieran mas en su poder lo que habian robado á las víctimas, inocentes en su mayor parte, de aquel despiadado furor: y que á la perfidia é injusticia de aquellos bárbaros homicidas, no añadiria la perpetuacion del robo y del cautiverio, y que mandaria restituir desde luego todo lo robado, y poner en libertad á los infelices cautivos.

Jacob conservó hasta la muerte un amargo recuerdo de aquel feroz é injusto atentado, que mancha como un lunar sangriento la historia de su familia. Cuando tendido sobre el lecho del dolor, rodeado de sus hijos é inspirado de lo alto, vió descorrerse el velo de lo futuro y articuló aquellas palabras proféticas, que anunciaban de lejos la época en que seria enviado el que habia de ser la esperanza de los pueblos, recordó con dolor el crimen cometido por sus dos hijos, Simeon y Levi, llamándoles instrumentos belicosos de iniquidad. “No permita Dios, dijo, que yo tome parte en sus designios, ni empañe mi gloria uniéndome con ellos, porque en los homicidios demostraron su furor, y en la destruccion de un pueblo su venganza. Maldito sea su furor porque es pertinaz, y su saña por-

que es inflexible. Yo los dividiré en Jacob, y los espariré por las tribus de Israel. ¡Oh Judá! á ti te alabarán tus hermanos: tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos: adorarte han los hijos de tu padre." Es de creer, pues, que Judá, de cuya tribu nacieron David, Salomon, Zorobabel y toda la estirpe hasta Jesucristo, no manchó sus manos con la sangre de los siquemitas, ni tuvo parte en su esterminio.

El anciano patriarca, avisado por Dios que le había dicho: "Levántate y sube á Bethel, y fija allí tu asiento, y erige un altar al Señor que se te apareció cuando ibas huyendo de tu hermano Esau;" se retiró á Luza ciudad de los Almendros, en donde había visto realmente á Dios en sueños, cuando escapaba del furor de su hermano, y á la que, con este motivo, había puesto el nombre de Bethel. Y bien fuese que los suyos hubiesen traído de la Mesopotamia algunos hábitos supersticiosos, ó bien que hubiesen adoptado algunos ritos cananeos, abolió en su casa todo cuanto pudiese tener resabio de idolatría; prescribió á su familia purificaciones exteriores en señal de la pureza interior que debía recobrar, y erigió por fin un altar al verdadero Dios, que le había oído benignamente en el día de su tribulación. Diéronle, pues, todos los dioses ajenos que tenían, y los zarcillos que éstos llevaban pendientes de las orejas; y Jacob los soterró al pié de un terebinto ó encina, que está á la otra parte de la ciudad de Siquem. Porque sabido es que entre los patriarcas, y aun entre las naciones paganas, el padre de familia era á la vez sacerdote y rey; como si la antigua sabiduría hubiese querido con esto manifestar, que si bien los intereses espirituales y temporales del hombre son distintos, no por esto pueden estar divididos; y que las dos potestades que gobiernan su naturaleza complexa, en vez de separarse y de escluirse mutuamente, deben pacíficamente hermanarse y darse la mano para conducir con feliz éxito la humanidad por la senda de sus destinos. Proponer y realizar quizás la división entre el sacerdocio y el imperio, es obra de una fácil audacia; pero crear y aplicarles un sistema completo de fraternal concordia, sería la obra de una inteligencia fuerte y de una virtud sublime. Por lo menos, si estamos condenados á engañarnos con mucha frecuencia sobre esta materia, es mas perdonable y digno de que se le suponga rectitud de intenciones el que pronuncia palabras de conciliación, que aquel que declama ciegamente por la guerra.

Reconocido el Señor á la religiosidad de Jacob y á la fidelidad y vigilancia con que le procuraba en su familia un culto puro, sin mezcla alguna de superstición, luego que hubo partido de Salem, inundó una especie de terror á todas las ciudades circunvecinas, que no se atrevieron á perseguirle en su retirada. Mas como llevaba la vida nómada de los

pastores, dejó á Bethel en la estacion de primavera, y se dirigió hácia los lugares en que fué despues Efrata, llamada aun en el día Bethlehem. Durante el camino, sorprendieron á Raquel los dolores del parto, y no tardó en hallarse su vida en peligro. Decíale: no temas, pues, darás á luz otro hijo. Pero exhalando su alma á fuerza del dolor, y estando para morir, llamó á su hijo Benoni, esto es, hijo de mi dolor. Pero el padre prefirió llamarle Benjamin, esto es, hijo de mi derecha, como para indicar la resignacion llena de fortaleza con que sobrellevó su pesadumbre, pues Raquel, su esposa querida, murió en aquella circunstancia. Fué enterrada junto al camino que va á Efrata, y Jacob erigió sobre su sepulcro un monumento que se conservó hasta despues de muchos siglos. Aun en el día, en el lugar mismo en que la tradición y la Escritura ponen este sepulcro, hay un edificio cuadrado que corona una pequeña cúpula, y que se llama la tumba de Raquel. Este reducido edificio goza de los privilegios de una mezquita, porque los árabes, así como los judíos y los cristianos, honran la memoria de los patriarcas. Desde aquel punto se descubre sobre la colina opuesta la poblacion de Rama, que se presenta en anfiteatro, y de que habla Jeremias cuando, piñtando con un lenguaje figurado la desolacion de los judios reunidos en aquel lugar y prontos á partir de él para ser llevados cautivos á Babilonia, dice: "Oyóse una voz en Rama, un planido, y un alarido inmenso de dolor; Raquel llorando sus hijos, y no queriendo admitir consuelo porque ya no son." Tambien recuerda el Evangelio estos acentos de elocuente tristura, cuando describe la horrorosa mortandad con que el rey Heródes ensangrentó las cercanías de Bethlehem: los planidos de todas las madres resonaron como un éco de la dulce y querida voz de Raquel. Y cuando el peregrino contempla en el día á la viuda y estéril Judea, cubierta con la divina maldicion como con un manto de muerte, sentada al umbral de la puerta de un pachá turco, y siguiendo con sombría y larga mirada á sus hijos que se dispersan por todos los puntos del globo, ¿no cree escuchar á Raquel derramando aun sobre estas campiñas solitarias el horror de un luto mas grande por el ruido de una lamentacion inconsolable?

Duras tribulaciones aflijieron los últimos años de Jacob. El hambre le obligó á pasar á Egipto á la edad de ciento y treinta años. Breve llamó esta vida, que nosotros llamaríamos hoy larga, porque los dias de su peregrinacion, cortos y malos, como dice él mismo, no igualaron los años de sus padres: palabras llenas de melancolia, repetidas por todas las razas humanas que marchan inclinadas hácia el sepulcro, lamentándose que su existencia sufre una disminucion progresiva en su duracion, ¡ay! sin por esto ser mejor. José y Benjamin, los solos hijos de Raquel, ha-

bian sido siempre el objeto de las ternuras privilegiadas de Jacob, el cual pareció amarles aun mas despues de la muerte de su madre, y sobre todo amaba á José. Verdad es que la envidia de sus demas hijos le hizo expiar cruelmente esta predileccion; mas cuando estuvo cercano al sepulcro, conservó las habituales disposiciones de toda su vida; y, en memoria de Raquel, decretó, que despues de la conquista de la tierra prometida, la posteridad de José formaria dos tribus, mientras que la posteridad de sus hermanos no formaria mas que una sola. Por fin, aun cuando esta distincion no hubiese sido un recuerdo consagrado á Raquel, era muy debida á José, á quien la Providencia honró sobre la tierra de una manera la mas brillante, y que socorrió y cubrió de gloria la vejez de Jacob.

El pincel de los artistas cristianos ha muchas veces reproducido las graciosas escenas de la vida de Raquel. Sabido es que el célebre cementerio de Pisa está rodeado de galerias, que contienen muchos cuadros pintados al fresco, por diversos maestros de los siglos XIV y XV. Allí está representada toda la série de la Historia Santa en sus principales sucesos: allí figuran todos los grandes nombres del Antiguo Testamento, á lo menos desde la creacion por Buffalmaco, hasta la historia de Job por Cozzoli. Entre los muchos asuntos tratados por este último, son de notar las bodas de Jacob y de Raquel, obra que reboza en gracia y delicadeza; la vision de la escalera misteriosa, que hemos referido, y el juramento hecho en Galaad por Jacob y Laban. En el siglo XVI, Esteban de Laulne dió muchos episodios de la vida de Raquel, cuya série termina por el trabajoso parto, del cual murió dando á luz á Benjamin. Rafael representó en las salas del Vaticano á Raquel, haciendo beber á sus ganados despues que Jacob hubo sacado ó removido la piedra que cubria la embocadura del pozo. El mismo Rafael y Nicolás Poussin, que pinta los asuntos bíblicos como Racine los escribe, reprodujeron, cada cual á su manera, la escena en que Jacob echa en cara á Laban el haberle engañado, dándole á Lia en lugar de Raquel. Existen, finalmente, bellísimos cuadros de Pietro de Cortona, de Poussin, de La Hire y de Bertin, en que se vé á Raquel sentada sobre los idolos de su padre, cuando éste les buscaba, y escusándose de no poder levantarse.

